

DISCIPULADO EN CÉLULAS
TEMA 2 - “ESPIRITU SANTO”
LECCIÓN 3 - “EL FRUTO DEL ESPIRITU SANTO”
CAPITULO 1



AMOR Y GOZO

Después que el Señor Jesucristo se levantó de los muertos, se apareció a sus discípulos durante 40 días, luego de las cuales fue llevado al cielo. Sin embargo, antes de ser levantado Él dejó una promesa (Juan 16:5-7,13).

“Pero ahora voy al que me envió..”

El Espíritu Santo es el don de Dios para cada creyente, cuando una persona recibe la salvación por la fe en Jesucristo, Dios envía su Espíritu Santo quien viene a morar en el corazón del creyente para ministrarle en todo momento. Y algo muy importante: Si el creyente permite que el Espíritu Santo guíe su vida, ya no vivirá conforme a sus pasiones, sino que el Espíritu de Dios le llevará a vivir una vida conforme a la voluntad de Dios, es decir, una vida en santidad.

¿Qué pasa si permito que el Espíritu Santo more en mi?

La Biblia dice que habrá un resultado de esa permanencia del Espíritu Santo en el corazón del hombre.

En Gálatas 5:22 y 23 se lee lo siguiente:

GÁLATAS 5:22-23 “Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe,

Mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley”

Otras citas que hablan de dar fruto son Efesios 4:2-3; Filipenses 4:8; Colosenses 3:12-13 y 2 Pedro 1:5-8.

El apóstol Pablo utiliza la palabra **“fruto”** ¿qué es un fruto? Es lo que produce una planta o un árbol. Es el efecto o consecuencia de una acción u operación.

Luego entonces, el fruto del Espíritu es el producto o consecuencia de la obra del Espíritu Santo en la vida del cristiano.

Las Sagradas Escrituras mencionan nueve elementos que forman este fruto. Cada uno de ellos está estrechamente relacionado entre sí.

Así como la savia va fluyendo desde el tronco hasta la última de las ramas del árbol, así el Espíritu de Cristo debe llevar y fluir plenamente la vida de cada cristiano para que éste produzca “mucho fruto”.

AMOR.-

El amor que produce el Espíritu Santo es un amor abundante, continuo y fiel, como el que nos describe Pablo en su carta a la iglesia de Corinto.

Es un amor abnegado, santo, sublime; es un amor generoso y humilde, que no está sujeto a nuestros sentimientos, ni a nuestros gustos o preferencias. Es producto del inmenso amor que Cristo ha derramado por el Espíritu Santo en nuestros corazones.

Es un amor que llena el corazón y la mente del creyente. Es perceptivo, inteligente y práctico. Es un amor que discierne y se esfuerza por dar lo mejor de lo que agrada a Dios y a los demás seres humanos (creyentes o no).

En 1 Juan 4:7-11 encontramos este mandamiento:

1 JUAN 4:7-11 “Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios y conoce a Dios.

El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor. En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él.

En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados.

Amados, si Dios nos ha amado así, debemos también nosotros amarnos unos a otros”.

La Biblia emplea el vocablo “**ágape**” cuando habla del amor de Dios por nosotros y la clase de amor que él quiere que tengamos por otros. Aún cuando no sintamos deseo de amar, podemos decidir hacerlo, ya que es un acto voluntario, una decisión que tomamos.

Jesús pasó sus últimos tres años con doce personas.

Él sabía que uno de ellos le traicionaría, sin embargo, continuó ministrándole y amándolo igual que a los otros once. El que Judas le haya hecho una mala acción no cambió el comportamiento de Jesús o su amor hacia él.

Si es así como Dios trata a las personas que continúan rechazándolo entonces debemos amar en situaciones difíciles. El amor del creyente no es un impulso del sentimiento, el amor es una conquista de la voluntad propia, no siempre va de la mano con las inclinaciones naturales, ni depende de la simpatía que podamos tener con los demás. El amor busca el bienestar de todos, busca oportunidad para el bien de todos, “mayormente de los de la familia de la fe”.

GOZO.-

El gozo del que habla la Biblia no es tanto una alegría exterior. No es producto de lo bien que le vaya al cristiano, sino más bien de una profunda relación con Dios. El Nuevo Testamento habla constantemente del gozo en la vida del creyente.

Es el regocijo que tiene alguien cuando sabe que tiene la salvación de Dios, que tiene derecho a ser reconocido como hijo de Dios, al lugar que Dios le ha dado en Cristo. El cristiano puede sentir este tipo de gozo aún en sus peores momentos.

En el libro de los Hechos, capítulo 5 del versículo 40 en adelante, encontramos que los discípulos estaban gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa de Cristo.

Pablo llega a regocijarse en sus sufrimientos según lo expresa en su carta a los Colosenses (1:24) porque todo lo que le sucede (persecuciones, azotes, prisiones, etc.), lo considera parte de su ministerio (Ef. 4:1).

Pablo también se regocija y menciona que todo creyente se debe gozar porque ha sido reconciliado con Dios (Ro. 5:9-11).

El regocijo más grande que un creyente puede experimentar en su vida es “el descubrimiento de cual es su propia relación con Dios”.

Cada creyente puede declarar con base en la Escritura: “Ahora no soy más enemigo de Dios; ahora estoy reconciliado, y lo estoy por Jesucristo mi Señor”.

Este es un gozo profundo y firme que persiste victorioso aún cuando las cosas no marchen bien. Podemos ver en Nehemías y todo el pueblo que el gozo del Señor viene como resultado de una actitud de consagración y entrega a Dios y a su plan en nuestra vida.